

Periodismo es hacer preguntas cuando el poder oculta las respuestas

Gustavo Abad Ordóñez

Cada vez que me siento con valor, abro en cualquier página el libro *Voces de Chernóbil*, de Svetlana Alexievich. Es un texto de una extraña y terrible belleza. Porque duele. Y duele porque recoge justamente las voces de las víctimas de la explosión de un reactor nuclear,

el 26 de abril de 1986, en la frontera entre Ucrania y Bielorrusia, que cubrió toda Europa con una nube radioactiva que no termina de esfumarse hasta ahora.

En 2015, Alexievich fue galardonada con el Premio Nobel de Litera-



tura por su obra periodística. Esto es especialmente importante porque significa un reconocimiento mundial a la importancia del periodismo como relato. Otros escritores que también ejercieron el periodismo y obtuvieron el Nobel –García Márquez, Hemingway...– lo lograron por sus novelas antes que por sus reportajes. El triunfo de esta cronista es una cima del periodismo como tal.

Frente a la magnitud de la tragedia –cuenta Alexievich– las autoridades de la entonces Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) ordenaron sellar el sitio, cubrirlo como se cubre una herida purulenta. Miles de soldados y trabajadores construyeron sobre el reactor partido un sarcófago de hormigón armado no solo para detener la radiación sino también para sepultar el recuerdo de los que allí estuvieron.

Alexievich entra y sale durante diez años de esa región agonizante. Pone su propio cuerpo al servicio de la

experiencia, para vivirla y contarla. No pierde de vista los datos factuales: 485 aldeas abandonadas, destruidas, enterradas, muertas. La gente enferma de cáncer, deformada, deprimida, enloquecida.

Al poder no le gustan los testigos porque su obsesión es tener el control absoluto de todo. Y todo incluye también el control del relato. Por eso el juicio contra los responsables técnicos y políticos del desastre se realiza en un edificio abandonado de Chernóbil. Sin público, apenas con unos cuantos periodistas extranjeros que logran colarse. Mientras menos testigos, mientras menos voces disidentes, mejor para las cúpulas gobernantes.

El testimonio, como eficiente recurso periodístico, opera contra ese silencio, contra esa historia omitida. Respecto de la explosión misma se han escritos muchos reportajes, pero Alexievich esta vez no va en busca de una noticia, sino de lo que estas no alcanzan a decir. Va en bus-

ca de esos silencios prolongados en la vida cotidiana de las víctimas. Y esos silencios, dice ella, son la vida cotidiana del alma. Son la experiencia profunda del otro, digo yo.

Alexievich cuenta la historia de Vasili y Liudmila, gracias a una práctica esencial del periodismo narrativo: saber escuchar. Él era un bombero que acudió a luchar contra el incendio del reactor y se contaminó. Ella solo pudo quedarse en casa esperando en bata de dormir a su esposo, que no regresó esa noche ni la siguiente. Semanas después, Liudmila tuvo que acompañar la agonía de Vasili en un hospital de

Moscú. Ella estaba embarazada y, como no quiso separarse de su marido, la criatura chupó en el vientre toda la radiación. La madre siente que mató a su hija y que lo hizo por amor a su esposo, porque no fue capaz de contenerse frente a ese elemento radioactivo en que se había convertido el cuerpo de su compañero.

Alexievich escucha, parece que no hace más que escuchar. Después recrea las palabras, los énfasis, los silencios, incluso los balbuceos de esos hombres y mujeres. En el testimonio se juntan, más que en otras formas narrativas, la voz del prota-



Al poder no le gustan los testigos
porque su obsesión es tener el
control absoluto de todo.





El testimonio tiene un efecto comunicacional y político a la vez porque es una voz que interpela no solo al lector... sino al sistema mismo...

gonista y la escucha del cronista. Finalmente, hablan ambos.

En la antigua URSS –recuerda Alexievich– el poder había preparado a la población para la guerra, es decir, para un enemigo visible. Sin embargo, el día menos pensado vino la radiación, un enemigo invisible. Y nadie supo lo que tenía que hacer. Los jerarcas del imperio soviético hicieron lo que les dictaban siete décadas de imaginario bélico: mandaron soldados, con fusil y bayoneta, a luchar contra las partículas de uranio, cesio y plutonio.

Entonces, cuando la realidad no corresponde a las ideas, hay que buscar respuestas en el lenguaje. Hay que volver a escuchar a las personas

y entender en qué momento se perdió el vínculo entre los conceptos y las cosas.

Las voces que recupera Alexievich en el erial de Chernóbil nos permiten entender dos catástrofes: la social y la científica. Al mismo tiempo que colapsaba el bloque socialista, se incendiaba la central nuclear. Hay que saber encontrar los vínculos entre una cosa y otra. La gente se quedó frente a dos grandes vacíos: perdió la fe en la gran utopía social del siglo XX y también dejó de creer en la supuesta infalibilidad de la ciencia.

Cambia todo, pero las personas siguen ahí, dice la cronista. Miles de personas han pasado por Auschwitz, por los Gulag, por Chernóbil, por las Torres Gemelas, pero el ser humano sigue. Sus voces vienen del pasado, pero sirven para el futuro. El testimonio tiene un efecto comunicacional y político a la vez porque es una voz que interpela no solo al lector, como destinatario del

mensaje, sino al sistema mismo y las relaciones de poder que lo sostienen.

En el Ecuador, un sector obstinado del periodismo ha hecho y continúa haciendo preguntas incómodas al poder, independientemente del sello político del gobierno de turno.

Lo hizo durante el dominio del correísmo, cuando el poder político —al igual que en la antigua URSS— impuso por todos los medios posibles un imaginario de guerra entre la población. Tal discurso suponía que todo aquel que se atreviera a

dudar de la infalibilidad del gobierno era un enemigo público, un ser despreciable al que se debía aniquilar con toda la fuerza del aparato represivo y jurídico del Estado.

El periodismo también ha puesto al descubierto la trama de corrupción de los gobiernos posteriores. Después de Correa, su mejor discípulo en las artes del ocultamiento, Lenín Moreno, aunque suavizó la confrontación con el periodismo, no dudó en echar mano de teorías conspirativas cada vez que los periodistas develaban sus manejos oscuros de la cosa pública.



El gobierno de Guillermo Lasso, con un discurso aparentemente respetuoso del derecho a la información, no ha movido un dedo para garantizar el ejercicio periodístico, especialmente en riesgo, ahora que el crimen organizado parece haberse enquistado en sectores claves del aparato oficial, ha tomado el control del sistema carcelario (donde ha perpetrado ocho matanzas, con 400 muertos en los dos últimos años) y amenaza extender su dominio al resto de la sociedad.

En los últimos años, uno de los acontecimientos que puso en evidencia, de manera más cruda que otros, el alto nivel de vulnerabilidad

y riesgo en el ejercicio del periodismo en el Ecuador fue el secuestro y asesinato de un equipo de *El Comercio* entre el 26 de marzo y el 12 de abril de 2018. En esas fechas, el reportero Javier Ortega, el fotógrafo Paúl Rivas, y el conductor Efraín Segarra fueron secuestrados y después asesinados por un grupo disidente de la antigua guerrilla de las FARC. Dicho grupo era liderado por un personaje conocido como alias “Guacho” y actuaba al servicio del narcotráfico.

No obstante, el riesgo para el ejercicio de esta profesión en el Ecuador data de muchos años antes y tiene diversas causas, que expongo de



Tradicionalmente, los periodistas han enfrentado el peligro de la censura interna...



manera resumida aquí.

Tradicionalmente, los periodistas han enfrentado el peligro de la censura interna debido a los vínculos de las estructuras empresariales de ciertos medios con el poder económico de algunas corporaciones privadas. El pensamiento crítico respecto del manejo de la información puso por muchos años en el centro del debate este tipo de injerencia. Tal conflicto de intereses, si bien ha sido atenuado mediante un conjunto de normativas al respecto, no se ha disuelto ni de lejos.

Otro momento de gran riesgo para el ejercicio periodístico en el Ecuador lo marcó la llegada al poder de Rafael Correa, líder de un fraude político autodenominado revolución ciudadana, en 2007. Ese régimen se caracterizó por la persecución a los medios y periodistas que tenían un discurso crítico de su desempeño, especialmente de los casos de corrupción. Durante sus diez años en el poder, el correísmo impulsó alre-

dedor de 600 de procesos judiciales en contra de medios y periodistas que no coincidían con su ideología política.

Actualmente, con los medios tradicionales debilitados, con unos canales de circulación de la información todavía inestables en el mundo virtual, y con una creciente precarización de las condiciones laborales de los periodistas, el ejercicio de esta profesión se enfrenta a un nuevo peligro: las amenazas del crimen organizado.

Esta última parece ser la amenaza más complicada, puesto que las mafias delincuenciales han logrado permear incluso algunas estructuras de la institucionalidad oficial. La crisis carcelaria, con matanzas internas entre grupos armados, el incremento del sicariato, el fortalecimiento del negocio ilícito del narcotráfico, entre otros aspectos, han incrementado, más que en otros momentos de la historia, el riesgo para el ejercicio periodístico en el



La universidad tiene el deber de incrementar la masa crítica al respecto y fortalecer el discurso público...

Ecuador.

¿Quién defiende a los periodistas en estas circunstancias? Existe una normativa legal que protege el derecho a la información y la comunicación, plasmada en términos generales en la Constitución de la República. Sin embargo, no hay suficientes iniciativas que demuestren su materialización en la práctica. Es letra muerta.

¿Cómo lograr que esa normativa tenga efectos tangibles en una sociedad concreta como la ecuatoriana? Diversas organizaciones de la sociedad civil, así como medios y periodistas, llevan adelante iniciativas de defensa para un ejercicio del periodismo libre de amenazas.

¿Cómo puede sumarse la universidad ecuatoriana a esa corriente? Primero, mediante el apoyo y adhesión a las iniciativas en marcha. La universidad tiene el deber de incrementar la masa crítica al respecto y fortalecer el discurso público, así como una cultura de respeto y protección al ejercicio del periodismo.

¿Cuáles deben ser las preguntas del periodismo ecuatoriano respecto de la acción del poder? Todas las que permitan revelar sus efectos en la vida democrática del país y en la vida cotidiana de las personas.

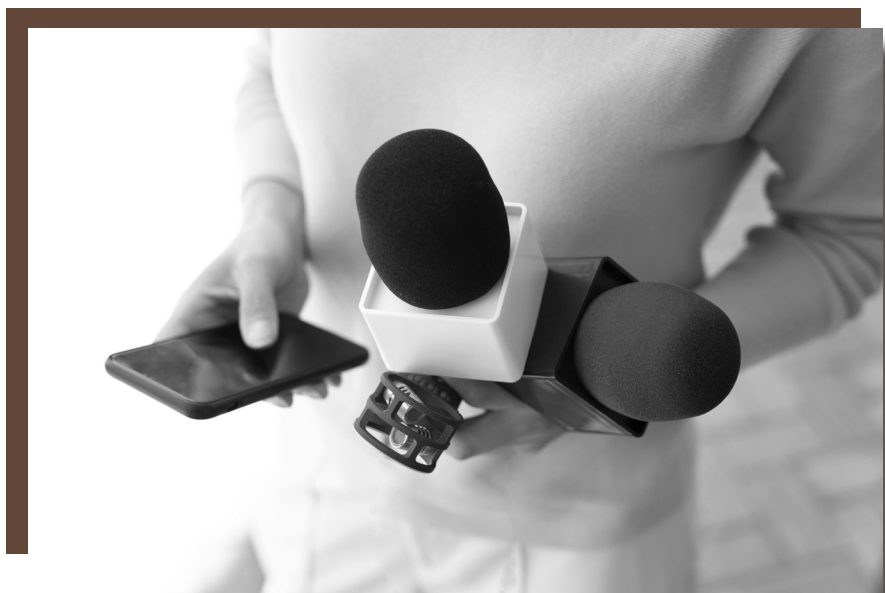
En la búsqueda de la verdad el poder siempre, o casi siempre, opta por el silencio, y en la búsqueda de justicia el actor más confiable, el más cercano, es la sociedad civil organizada. Por ello, así como el periodismo tiene que interrogar al poder, le corresponde también hacer las preguntas que permitan entender los procesos de resistencia y liberación desde la sociedad organizada.

La vida se construye en torno a re-

latos porque estos nos ayudan a encontrar nuestro lugar en el mundo. Frente al relato de la guerra, sabemos si nos corresponde tomar las armas o buscar la paz; frente al relato del desastre climático, decidimos cuidar la naturaleza o profundizar la depredación; frente al relato del racismo, podemos actuar de manera pusilánime o cambiar decididamente nuestras propias fobias.

¿Y qué debemos hacer frente al relato que dice que quienes pien-

san distinto al poder son enemigos de la patria? La gran derrota de la humanidad, dice el escritor japonés Haruki Murakami en su libro *Underground*, es no haber podido oponer en su debido tiempo un relato suficientemente fuerte contra el nazismo y el fascismo. Puede pasar lo mismo ahora si no encontramos un relato que logre colocar los valores del humanismo y la democracia por sobre la intolerancia y la violencia basadas en la supuesta existencia de un enemigo interno.



¿Qué puede hacer el periodismo frente a todo esto? Recuperar su esencia, entender que es muy poco lo que sabe y buscar respuestas a ese vacío. Narrar la realidad sabiendo que su propia voz solo adquiere sentido en relación con la voz del otro. La función esencial del periodismo es preguntar. Quiero decir, al periodismo le corresponde recu-

perar y potenciar la naturaleza interrogativa de la vida. Y tiene que hacerlo justamente ahora, en un país como el Ecuador, donde el poder político permite que la violencia colonice todos los ámbitos de la vida, frente a lo cual al periodismo sólo le queda radicalizar el ejercicio cotidiano de hacer preguntas.

**Gustavo
Abad
Ordóñez**

Periodista y docente universitario. Doctor (PhD) en Literatura Latinoamericana por la Universidad Andina Simón Bolívar-Sede Ecuador. Docente de la Facultad de Comunicación Social-FACSO.